

RACISMO, ENDORRACISMO Y MULTICULTURALIDAD EN AMÉRICA LATINA

Esther Pineda G.*

[Recibido: 26/07/2015 - Aceptado: 10/08/2015]

El proceso de colonización europea y el mestizaje forzado en América Latina y El Caribe determinó el destino de la región. América Latina y El Caribe es una región multiétnica y pluricultural lo cual le imprime un carácter único a nuestras sociedades, las ha enriquecido, pero al mismo tiempo, las prácticas y concepciones racistas y endorracistas frente a esta multiétnicidad y multiculturalidad que la constituyen se han convertido en una de las principales limitaciones para el desarrollo de la región.

Si bien la sociedad se caracteriza por ser dinámica, por la constante modificación de estructuras, instituciones y modos interactivos, habrá elementos constantes y persistentes en una pluralidad de realidades sociales distintas. Por ello, una de las principales dificultades a la que nos enfrentamos en cuanto a la desarticulación, erradicación y superación del racismo y el endorracismo en nuestras sociedades modernas será su intrincado arraigo al tejido socio-cultural.

Es frecuente cuestionar su aún vigencia aduciendo los cambios manifiestos a lo largo de las décadas en cuanto a otros ámbitos de desarrollo social, continuamos impávidos frente al inacabamiento del racismo y más aún sus periódicos y radicalizados repuntes. Al mismo tiempo que aún predomina un gran desconocimiento con respecto al endorracismo. Pero ¿A qué se debe la continuidad de racismo y el endorracismo en nuestras sociedades pluriétnicas y multiculturales?

* Socióloga egresada de la Universidad Central de Venezuela (UCV), Magister Scientiarum en Estudios de la Mujer (UCV), Doctoranda en Ciencias Sociales. Fundadora de EPG Consultora de Género y Equidad. Columnista en diversos medios venezolanos y extranjeros. Autora de los libros «Roles de género y sexismo en seis discursos sobre la familia nuclear», «Reflexiones sobre Teoría Sociológica Clásica», «Apuntes sobre el amor», «Las mujeres en los dibujos animados de la televisión», «Racismo, endorracismo y resistencia» y «Bellas para morir».

Se hace necesario comprender que el racismo no posee una existencia natural, autónoma e indeterminada, no es producto de confusiones y conflictos naturales entre aquellos pertenecientes a las consideradas como distintas razas, o a la incapacidad de conformación de comunidad. Por el contrario, a lo largo del desarrollo del proceso histórico social de la humanidad, las relaciones sociales han sido construidas en torno a la desigualdad y la diferencia, el dualismo, la asimetría y la oposición.

El racismo es producto de la configuración jerárquica y desigual de la estructura social en la cual unos «pocos» han monopolizado el poder, y en consecuencia subordinado a otros «muchos» como garantía de mantenimiento y preservación de ese poder en juego. Así, en una sociedad donde la discriminación de la diferencia se definió como necesaria e imprescindible para el mantenimiento y consolidación del poder político, monárquico y posteriormente burgués; en un sistema económico de producción mercantilista y más tarde capitalista, se haría necesaria la introducción de ideas específicas capaces de mantener dicho orden deseado por los detentores del poder.

De esta forma, es posible definir el racismo como un conjunto de ideas distorsionadas de la realidad, emanada de intereses económicos concretos, compuestas de presupuestos descalificativos, degradantes y subordinantes de los individuos por su pertenencia étnico-racial, sus formas fenotípicas, el color de piel, y que se apoyará para su mantenimiento y reproducción en los diferentes agentes socializadores de la realidad intersubjetiva, es decir, compartida por todos.

Sin embargo, estos estereotipos, prejuicios y clasificaciones sobre la base de las diferencias étnicas existentes entre las personas serán justificados bajo el argumento de una inferioridad natural:

El racismo se basa en una visión fantasmática con el cuerpo. Se arraiga en el interior de los basamentos pasionales que alimentan la vida colectiva, nutren sus proyectos, sus movilizaciones y motivan sus tolerancias y violencias. El racismo es el ejemplo de una forma-pretexto socialmente disponible para acoger las pasiones más dispares, las razones más ambiguas y proporcionarles un camino de derivación. La afectividad reprimida, las frustraciones, las resignaciones, son drenadas por estas formas vacantes que ofrecen una superficie de proyección a todos los matices posibles del resentimiento. El racismo procede de una fantasmática del cuerpo. La raza es una especie de clon gigantesco que, en el imaginario racista, convierte a cada individuo que la compone en un eco incansablemente repetido de ella. La historia individual, la cultura, la diferencia, quedan neutralizadas, borradas, a favor de la fantasía del cuerpo colectivo, subsumida bajo el nombre de la

raza. El procedimiento de discriminación se basa en un ejercicio perezoso de la clasificación: solo se vincula a rasgos fácilmente identificables (al menos para él) e impone una versión reificada del cuerpo. La diferencia mutua hacia el estigma. El cuerpo extranjero se vuelve cuerpo extraño. La presencia del otro se subsume bajo la de su cuerpo. Él es su cuerpo. La anatomía es su destino. El cuerpo deja de estar moldeado por la historia personal del actor en una determinada sociedad: por el contrario, para el racista, las condiciones de existencia del hombre son los productos inalterables de su cuerpo. El ser del hombre responde al despliegue de su anatomía. El hombre no es otra cosa que el artefacto de su apariencia física, de este cuerpo fantasmático que nombra la raza. Cartesiano en ruptura, el racista no le presta atención al pensamiento sino al cuerpo. Cuando los signos físicos no permiten la discriminación, despliega los tesoros de la imaginación. De este modo, durante la época nazi, para identificar a los judíos los médicos procedían a mediciones de la nariz, la boca, de los dientes, del cráneo, etc. La estrella amarilla, que llevaban para que los transeúntes la vieran, lleva esta lógica a un últimotérmino: ya que el judío no dispone de signos corporales que puedan singularizarlos a primera vista, una marca exterior los ponía en evidencia de manera visible (Le Breton, 2002: 75-76).

De este modo el racismo se establece como un acto coactivo, en donde toda práctica y acción social no racista es sancionada a través de la exigencia de la lealtad racial, la cual se concreta en el apego a la norma y criterios relacionales establecidos, es decir, el racismo es premiado, el no racismo castigado.

No obstante, el racismo se determina y establece como ideología, entendida ésta como un constructo social externa y coercitiva a los individuos que la conforman y que en ella se relacionan, capaces de manipular la realidad a fines de prolongar la dominación ejercida; ideas que serían instauradas en el imaginario colectivo por los acreedores del poder.

Este poder dominante según Terry Eagleton (1997) habrá de legitimarse:

- Promocionando creencias y valores afines a él.
- Naturalizando y universalizando tales creencias para hacerlas evidentes y aparentemente inevitables.
- Denigrando ideas que puedan desafiarlo.
- Excluyendo formas contrarias de pensamiento.
- Oscureciendo la realidad social de modo conveniente a sí misma.

Será esta una entre múltiples razones por las cuales el racismo no ha podido desarticularse, pues ha construido en torno a él todo un sistema organizativo y protector de ese poder que detenta, y con lo cual, la idea de una «superioridad» europea basada en criterios raciales dejarían de ser simples presupuestos; pasarían a liderar como criterio de verdad absoluta, ligada además a las ideas del bien y el mal promovidas e instauradas por el cristianismo.

Esta ideología racista permitiría la profundización de la desigualdad de clase, sus prácticas discriminatorias y su efectiva transmisión a través de generaciones al haber consolidado la desigualdad como natural. Será entonces desde ésta ideología que los intereses económicos de la clase dominante se expresarían en la exclusión y relegación del otro, de los espacios productivos, basados en la naturalización de la diferencia y la inferioridad emanada de las desemejanzas étnico-raciales.

Las características biológicas del hombre hacen a su posición en el conjunto y que esta es la que corresponde como un hecho de justicia. En lugar de hacer de la corporeidad un efecto de la condición social del hombre, este pensamiento hace de la condición social el producto de su cuerpo, se trata de someter las diferencias sociales y culturales a la primacía de lo biológico (o mejor dicho, de un imaginario biológico), de naturalizar las desigualdades de condiciones justificándolas a través de observaciones «científicas» (Le Breton, 2002: 17).

Así, el racismo como ideología, se organiza en torno a un complejo de relaciones, se realiza en la interacción social, se manifiesta en las múltiples y diversas formas de expresión socio-cultural, es decir, opera en múltiples y variados escenarios socio-culturales, a través de distintas instituciones sociales y agentes socializadores, los cuales actuaran como reforzadores de esto que el europeo definió como realidad inescrutable.

Además de ello, la injerencia y penetración forzosa de la cultura europea esclavista en América, aunada al proceso de desarticulación de la cultura autóctona y la introducción de una cultura foránea racista, sentó las bases de otra de las formas operativas del racismo, emanada a partir del mismo grupo discriminado, lo cual ha sido denominado como endorracismo.

El endorracismo es el racismo desde adentro, una auto discriminación emanada del sujeto racializado, es decir, aquel que sufre y experimenta el prejuicio por su pertenencia étnico-racial. Ahora, ¿Por qué surge el endorracismo? ¿Que lo motiva? El endorracismo es uno de los fenómenos más representativos de la influencia colectiva en el ser social, el desprecio externo por estar vinculado a una raza considerada inferior, ejercerá una presión tal, capaz de

introducir en el propio individuo el desprecio al que está expuesto, es decir un autodesprecio instigado, en el cual el sujeto racializado por «otro» auto concebido como «superior», acepta mirarse a sí mismo con los ojos del amo como consecuencia de la coacción racista.

El sujeto racializado internaliza como propia la discriminación que se le ha impuesto y la reproduce sobre sí, como también sobre aquellos pertenecientes a su grupo étnico y racial. Ésta discriminación desde el sujeto racializado también conocido como endorracismo, va a expresarse a través de los diferentes agentes socializadores pero también y fundamentalmente protagonizada por los sujetos en los espacios cotidianos de la vida en común.

El endorracista tomará como propios y legitimará los criterios expuestos por el racista para ejercer la dominación sobre el concebido como racialmente heterogéneo, es decir, el endorracista, sujeto racialmente heterogéneo que previamente ha internalizado la racialización de su opresor, apoyará las premisas en que se afirma que su grupo étnico y racial es inferior, atrasado, salvaje, incapaz, incivilizado, desprovisto de belleza, y de capacidades intelectuales deficientes.

Ahora bien, en el caso específico de América, puede considerarse como un Continente heterogéneo y multicultural en primer término como consecuencia del proceso de colonización europea y secuestro y movilización forzada de la población africana hacia América para la explotación de los recursos. En segundo término como consecuencia de los procesos migratorios hacia el continente americano, principalmente desde Europa durante los procesos bélicos. Estos hechos han consolidado la hibridación cultural definida por Macionis y Plummer (2007) como las diferentes maneras en que elementos de una cultura (lenguaje, costumbres, símbolos) se recombinan con elementos de otra.

Esta diversidad generalmente es presentada y representada en términos de armonía, sin embargo, estas concepciones y prácticas racistas y endorracistas anteriormente descritas se hacen manifiestas en la comunidad latinoamericana y caribeña principalmente sobre aquellas personas cuya pertenencia étnica se ve explicitada en rasgos visibles e inmutables; lo cual va a generar distintas reacciones, respuestas y experiencias, así como, sentar las bases de una organización social en torno a tensiones y jerarquías, convirtiéndola en una comunidad fragmentada.

Nos enfrentamos cada vez más a un racismo que evita ser identificado como tal, que logra ligar «raza» con la nación, el patriotismo y el nacionalismo. Este racismo se ha distanciado necesariamente de unas ideas simples sobre la inferioridad biológica, y ahora pretende presen-

tar una definición imaginaria de la nación como una comunidad cultural unida. Construye y defiende una imagen de la cultura nacional que es homogénea en su blancura, pero sin embargo, precaria y permanentemente vulnerable a los ataques de los enemigos que están dentro y fuera (Gilroy en Macionis y Plummer, 2007: 279).

Este hecho es posible evidenciarlo en que:

- En América Latina y el Caribe predomina la tendencia a reconocer como hermano latinoamericano a quienes poseen características eurodescendientes.
- El latinoamericano y el caribeño quieren parecerse al europeo, quieren ser europeos, y exalta como constitutivo, característico y representativo de su cultura y su sociedad aquello heredado de los europeos durante el periodo colonial, considerándolo además como mesías, aquel capaz de haber posibilitado la superación de la condición de atraso y primitivismo atribuida a los pueblos originarios.
- Existe un marcado rechazo en cada una de las sociedades latinoamericanas y caribeñas a la población originaria y afrodescendiente que también la constituyen. Este será un fenómeno generalizado en la región, el cual se hace manifiesto en aquellos países con poca presencia originaria y afrodescendiente al considerarlos como intrusos, invasores, foráneos, pero además habrá de hacerse presente también en aquellos países de significativa presencia afro y originaria, al considerar que no representan al país, que evocan lo primitivo y atrasado de la sociedad, por lo cual su presencia y participación social debe ser obviada, minimizada, y en definitiva excluida.
- La sociedad latinoamericana y caribeña puede considerarse racista al discriminar a otras por su composición étnica, pero además racistas al discriminar a la población de su país al no responder al criterio de europeización.
- Las sociedades latinoamericanas y caribeñas también pueden ser consideradas sociedades endorracistas, al rechazar su herencia pese a su carácter pluriétnico y multicultural.

Por estas y otras razones es posible afirmar que nuestras sociedades latinoamericanas continúan siendo etnocéntricas, es decir, que giran en torno a una etnia, y que en el caso que nos ocupa es la europea. Nuestras sociedades se han definido como eurocéntricas, se organizan en torno a lo europeo como

valor supremo, relegando otras manifestaciones culturales y étnicas bajo la premisa de que:

No hay duda de que Europa ha sido la pionera de la modernidad y el centro de la misma. Ni el mundo islámico, ni el del África negra, ni el hindú, ni el Asia oriental Confucio parecen haber descubierto el futuro como un nuevo lugar, alcanzable pero nunca visitado anteriormente. (...) Europa se ha convertido en el centro disputado de la modernidad en términos de conocimiento como de poder (Therborn, en Macionis y Plummer, 2007: 128).

No obstante, el desarrollo europeo y su conformación como epicentro del «progreso» no habrían sido posibles sin la explotación de los recursos del continente americano y la mano de obra africana esclavizada. Esta perspectiva ha contribuido a sobrestimar y enaltecer la cultura europea, a justificar el proceso de invasión, explotación y esclavización, así como, a obviar la importancia de la participación indígena y africana en la constitución y organización de la sociedad, no solo latinoamericana sino también europea.

Este hecho ha tenido como consecuencia la estratificación cultural, es decir, la consideración de una cultura como mejor, de mayor valor, frente a la desestimación de las otras; al mismo tiempo que ha favorecido la estratificación étnica, la consideración de un grupo como superior por su herencia étnica.

Pese a ello, este hecho ha creado las condiciones para la emergencia de lo que Macionis y Plummer (2007) han denominado *Subcultura*, entendida como las pautas culturales que diferencian a algún segmento de la población de una sociedad; pero al mismo tiempo ha favorecido la emergencia de *contra-cultura*, entendida como las pautas culturales que se oponen fuertemente a aquellas que están ampliamente aceptadas en el seno de una sociedad.

Como perspectivas capaces de ejercer resistencia al pensamiento racista y endorracista surge el paradigma del *relativismo cultural* como uno de los mecanismos para la erradicación de las tensiones en el contexto de la multiculturalidad y pluriétnicidad; pero también el paradigma *multiculturalista* el cual Macionis y Plummer (2007) reconocen como una línea de pensamiento que reconoce la diversidad cultural presente y pasada y fomenta la igualdad de todas las tradiciones culturales.

Sin embargo, para Slavoj Žižek:

El multiculturalismo es una forma de racismo negada, invertida, autorreferencial, un «racismo con distancia»: «respetar» la identidad del

otro, concibiendo a éste como una comunidad «auténtica» cerrada, hacia la cual él, el multiculturalista, mantiene una distancia que se hace posible gracias a su posición universal privilegiada. El multiculturalismo es un racismo que vacía su posición de todo contenido positivo (el multiculturalismo no es directamente racista, no opone al otro los valores particulares de su propia cultura), pero igualmente mantiene esta posición como un privilegiado punto vacío de universalidad, desde el cual uno puede apreciar (y despreciar) adecuadamente las otras culturas particulares: el respeto multiculturalista por la especificidad del otro es precisamente la forma de reafirmar la propia superioridad (Zizek, 1998: 172).

Frente a ello, es posible considerar el pensamiento post-colonial como el paradigma por excelencia en el proceso de desarticulación del racismo y el endorracismo pues visibiliza las relaciones de poder que subyacen en las concepciones prejuiciadas y estereotípicas con respecto a la multiculturalidad y pluriétnicidad de la sociedad latinoamericana; al mismo tiempo que cuestiona la superioridad del pensamiento dominante «blanco» y se propone atender al punto de vista de aquellos que han sido silenciados durante el proceso de colonización.

No obstante, el post-colonialismo no deberá circunscribirse solamente al ámbito ideológico, se hace necesaria la consolidación de un post-colonialismo práctico como los mecanismos de deconstrucción y desarticulación de las prácticas racista y endorracista que persiste en la sociedad pluriétnica y multicultural latinoamericana. Aunado a ello, se hace necesaria la profundización de los esfuerzos en lo que refiere a la desracialización de las relaciones sociales, la deconstrucción de imaginarios, estereotipos y prejuicios, así como, la visibilización de marcos de referencia, patrones identitarios y modelos positivos de la diversidad étnica y cultural de América Latina.

Referencias

- Eagleton, T. (1997). *Ideología*. Buenos Aires: Paidós.
- Le Breton, D. (2002). *Sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Macionis, J & Plummer, K. (2007). *Sociología*. Madrid: Ediciones Pearson
- Zizek, S. (1998). Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional. En *Estudios culturales: Reflexiones sobre multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.